

Volvió tres días después á casa del conde de Coutras y por la tarde empezó por ganar veinte mil francos. Expresó entonces ideas insensatas que divertieron grandemente á todos los hijos de familia allí reunidos. Poseedor de cuarenta mil francos, habló de comprar una propiedad en su país y de cultivar las viñas y dedicarse á la cría caballar. No habló más de su prometida, como si la considerase ya un partido poco ventajoso para él. Volvió al cuartel á comer, obsequió á sus compañeros en la cantina y les dejó asombrados con sus discursos extravagantes, dichos con un tono de suficiencia que contrastaba con su habitual modestia. Después de comer volvió á casa del conde de Coutras, donde se mostró lastimosamente familiar, no viendo ya diferencia entre él y aquellos jóvenes á quienes no estaba acostumbrado á mirar como sus iguales.

Valentín, á quien esa metamorfosis divertía extraordinariamente, invitó á Blanpain á tutearle y le dijo que le presentaría en París á la mejor sociedad. Le pintó todos los placeres que podría proporcionarse por su dinero y le sirvió ponche con una liberalidad que acabó de poner al desgraciado fuera de sí. Pensando que no era todavía bastante rico para figurar como él se proponía, volvió al juego á fin de añadir á su ganancia, según dijo con confianza estúpida, una veintena de miles de fran-

cos. Á las once había perdido todo lo ganado y debía, bajo su palabra, el dinero del premio de reenganche. Vuelto en sí, anonadado, espantado por la pérdida, Blanpain se levantó, con los ojos saltones, y se puso á llorar apoyado en la chimenea, mientras Valentín, que se proponía regalar al cabo el dinero que éste le debía, le asestaba frases irónicas.

— Blanpain, amigo mío, ha querido usted ir demasiado lejos y se ha roto las narices en el camino. Ya no se trata de comprar viñas ni de criar potros, ni siquiera de establecer una carpintería después de haberse casado con su prometida. Será preciso que pasen aún algunos años para tener otro premio de reenganche... Y mientras, la señorita Clara, ó Manuela, ó Luisa... ¿Cómo se llama su novia de usted, Blanpain?

— María, gimió el cabo, á quien daba vueltas la cabeza. ¡Oh! ¡Miserable de mí!... No me queda más que atravesarme con el sable...

— No aquí, Blanpain... Eso no se hace sobre las alfombras... ¡Vea usted; esto es lo que tiene querer ir demasiado de prisa!... Antes de comer era usted rico... Ahora está usted pelado... Así es la vida... Estos señores han vuelto á pescar su dinero; yo soy el único que no he recobrado el mío...

— Usted lo tendrá mañana por la mañana, señor conde... Me lo guarda el capitán cajero.

Valentín cogió al cabo por la barbilla y dijo mirándole á los ojos :

— Guárdate tu dinero, simplón; yo no lo quiero.

— Es de usted, contestó el cabo con dolorosa obstinación.

— No es mío, puesto que te lo doy, te lo regalo, ¿me comprendes?

— Sí, pero eso no quita que lo haya perdido y, con él, todo lo que había ganado.

— ¡Ah! Eso es verdad... Señores, está chispo como un trompeta, este Blanpain... Anda á acos-tarte, amigo, y no te calientes la cabeza; no tienes tu ganancia, pero tampoco tienes deudas.

Blanpain se marchó pesadamente y no entró aquella noche en el cuartel. Por la mañana se encontró su cadáver detenido por un pilar del puente de Mantes. Avergonzado de sí mismo y llenó de desesperación por aquel hermoso sueño tan rápidamente desvanecido, no quiso vivir más y se arrojó al río. Aquella broma cuyo desenlace fué tan trágico, puso fin á las partidas diarias de los compañeros de Valentín. El coronel, informado de todos los detalles exactos de aquel triste asunto, adoptó medidas severas respecto de sus soldados y el tiempo que el conde de Coutras tuvo que pasar todavía en el servicio se deslizó penosamente. Por fin, vió con placer llegar la hora de volver á casa de la señora Mossler y tomó de nuevo posesión de París.

Tenía veinticuatro años, un hermoso nombre, una figura de príncipe y una buena cara, con lo cual queda dicho que dió prontamente el tono y fué uno de los cuatro ó cinco jóvenes que guían á la sociedad parisiense con su nulidad frívola y ruidosa. Fué recibido en el *Jockey* y en el círculo de la *me Royale*; fué asiduo del *palo* y del tiro de pichón, como todo *gentleman* que se estima, y hasta contribuyó á fundar el *Velo-drag*, círculo muy selecto, en el que los ciclistas, machos y hembras, del gran mundo, se fusionaron en un galante y refinado ejercicio de pedales. Olvidó completamente el regimiento y á Blanpain, pues la ligereza de su carácter no le permitía pensar mucho tiempo en lo mismo y la reflexión era para él casi un sufrimiento.

La retirada vida de la señora Mossler le permitió una gran libertad. Desde la muerte de su marido, la reina del oro no había abierto sus salones ni frecuentado la sociedad. Pasaba, todo lo más, tres ó cuatro veladas en la Ópera durante la temporada y eso cuando sus íntimos le echaban en cara, para decidirla, el no conocer las novedades. Permanecía muy activa de espíritu, pero algo perezosa de cuerpo, y se ocupaba con grande asiduidad de sus obras de beneficencia. Levantada á las ocho de la mañana, despachaba su correspondencia, en la que ocupaba dos secretarios, y cuando llegaba el señor Eliphaz, encontraba el terreno libre de todas las

bagatelas que no merecían ocupar su atención. Con frecuencia Federico Clement acompañaba á su padre. Esto sucedía siempre que la casa Pilet y Berger, que el joven dirigía, tenía que dar á la señora Mossler datos rentísticos de importancia, pues la gerencia de una fortuna inmensa como la suya, exigía una vigilancia y unos cuidados incesantes.

Valentín no iba jamás á ver á su madre adoptiva á la hora de los negocios; se reservaba para el almuerzo y la comida, durante los cuales la divertía con el relato de lo que había visto y oído la noche anterior. Entonces mandaba en jefe; nadie hubiera podido contrarrestar su influencia y no dejaba nunca de obtener cuanto deseaba. Sin dificultad ninguna, la señora Mossler había abierto un crédito al conde de Coutras y éste enviaba á buscar dinero, cuando lo necesitaba, á la casa Pilet y Berger ó al Banco. No tiraba el dinero y su fausto estaba reglamentado con mucho orden. El hijo de aquel disipador, parecía por entonces que había de ser muy arreglado, y mientras no tuvo vicios muy acentuados, su presupuesto no ofrecía nada de alarmante.

Gastaba cuatrocientos ó quinientos mil francos al año. Pero ¿hubiera podido ser otra cosa? La misma señora Mossler, ¿hubiera deseado más economía? Hay en determinadas situaciones ciertos gastos que no se pueden evitar sin daño del mismo

que los economiza. La manera de dar ó de comprar de un conde de Coutras, adoptado por una señora Mossler, no podía ser la del hijo de un notario ó de un agente de cambio, aun millonarios. Valentín no fué pródigo. Aunque el dinero no le costaba nada, no lo disipaba. Mientras no tuvo más causas de prodigalidad que sus relaciones con Andrea de Taillebourg, su cuadra de carreras y su *yacht*, se contuvo dentro de unos límites muy prudentes.

Empezó á enloquecerse cuando entabló amistades con la señora Bourdón. Era la tal esposa de un corredor de Bolsa. Señorita de la clase media, educada en un convento del modo más modesto, se había casado con un empleado de un agente de cambio, y aquella rubita con cara de virgen, que era en el fondo el mismo diablo, á los diez meses de matrimonio se hizo querida de Labussiere, el jefe de su marido. En dos años dejó en la calle el agente de cambio sin que Bourdón sospechase lo más mínimo y sin que la frente pura ni los ojos de madona de aquella buena señora pareciesen oscurecidos por la sombra de un pensamiento deshonesto.

Á consecuencia del despojo de Labussiere, que había interesado á Bourdón en sus negocios y le había hecho ganar mucho dinero, la joven tuvo hotel, coche y trescientos mil francos de alhajas, encerrados en un cofrecillo. Procuró siempre no

hacer ruido; su lujo no atraía las miradas; sus adornos eran siempre de un gusto exquisito. El marido estaba siempre á su lado, atento y obsequioso. Aquella señora no llamaba la atención más que por su belleza, que era, en verdad, adorable. Pequeña, pero tan bien formada que parecía alta, atraía las miradas con su cutis de nivea blancura, sus ojos de un azul de zafiro y sus cabellos rubios naturalmente ondulados que formaban en torno de su frente deliciosa corona. Nunca boca semejante se abrió para enseñar dientes tentadores. El viejo Bernheimer decía: «Viendo esos dientes, siento uno ganas de que le muerdan». Ello era que, cuando sonreía y mostraba aquellas perlas, entre las cuales aparecía, digna joya de tal estuche, una lengüecilla de color de rosa, los hombres se volvían locos.

Como por juego, había hecho gastar á sus amantes sumas inmensas, cuando Valentín de Coutras la encontró en una *garden-party* en casa de la condesa Nuño. Un poco cansado de pasearse ante la colección de Selim y de consentir que le enseñasen *bibelots* de doscientos mil francos, de una falta de autenticidad escandalosa, bajó al jardín, y en la escalera monumental que en la casa del riquísimo portugués hace competencia á la de la Ópera, se encontró frente á frente con la señora Bourdón. Valentín la conocía, como todo París, pero nunca había hablado con ella. La joven

subía hablando con la marquesa de Plessy, su amiga íntima, porque, fenómeno inexplicable, aquella mujer, notoriamente infiel á su marido, era recibida en todas partes y recibía, á su vez, la mejor sociedad. Valentín se apartó sonriendo — ¿cómo no sonreír á una mujer tan linda? — y ella le miró con sorpresa, como si nunca le hubiese visto, aunque sabía muy bien quién era. Interrumpió la frase, pareció presa de una emoción que no podía dominar y permaneció inmóvil un segundo, durante el cual cambió con Valentín una mirada que, días después, hizo decir á la marquesa de Plessy, hablando de la aventura: «Si no estoy yo allí, creo que se saltan al cuello en el acto.»

Ambos se indemnizaron, la semana siguiente, y la señora Bourdón, que había sido tan adorada, amó por primera vez. Aquello fué una pasión rabiosa que cambió de tal modo las costumbres correctas y bien ordenadas de la hermosa mujer, que el marido se quedó desorientado. No almorzaba ya con él, volvía á casa cuando la comida estaba ya servida y se mostraba rendida de fatiga, los párpados lánguidos de placer y los labios distendidos que casi no podían hablar. Pusó en la puerta á Saint-Guilhin, bajo pretexto de que la aburría, lo que no tenía nada de nuevo, porque nunca Saint-Guilhin había hecho otra cosa con ninguna mujer, fuera la que fuera.

En vano arriesgó Bourdón algunas indicaciones, lamentando sobre todo el destierro de Saint-Guilhin del que se había hecho amigo á fuerza de jugar con él al *besigue*. Todo fué inútil. Las buenas tradiciones de visitas á señoras respetables, de tres á las cinco de la tarde en casas de la buena sociedad, de apariciones en palcos bien afamados de la Ópera, todo quedó trastornado. Ahora todo era expediciones á los teatrillos y cenas nocturnas de las que entran en las costumbres de la gente de club y de las mujerzuelas de conducta más que dudosa, cosas que horrorizaban á Bourdón, hombre de formas y respetuoso con las apariencias, cuya importancia á los ojos de la galería le era conocida. En todas partes á donde iban aparecía el conde de Coutras, que se arrellenaba en los palcos, tomaba el mejor sitio en las cenas y hablaba apenas al marido, le miraba por encima del hombro y le trataba realmente sin consideración alguna, como á una persona á quien se paga. ¡ Qué cambio para Bourdón, después de los amistosos obsequios de Labussière, de la amistad familiar de Descharmais y de la delicada política de Saint-Guilhin ! Con razón le era antipático aquel muchacho, que había caído como una bomba en medio de una posición adquirida á fuerza de tacto, de paciencia y de arte de vivir y que se instalaba, vencedor, como en país conquistado.

Es verdad que para Valentín la conquista resultaba cara y no podía obtener de ella más contribución que la del placer, eso sí, abundante, mil veces reproducido, y que valía lo que costaba. ¡ Y de un modo tan nuevo, tan imprevisto ! La señora Bourdón jamás había pedido nada á nadie ; tenía el arte de conseguir que se le ofreciese todo y cuando aceptaba parecía que era ella la que había otorgado un favor. Era, por lo demás, un abismo, en el que desaparecían las rentas, se fundían las propiedades, y se hundían las casas sin saberse cómo y sin que jamás resultase lleno. Si Bourdón no hubiese adoptado desde los primeros momentos la laudable costumbre de guardar doscientos mil francos al año, para los malos días que pudieran venir, hubiera sido imposible averiguar á dónde iba á parar el río de oro que desaguaba en casa de aquella hermosa mujer.

Sin embargo, la señora tenía dos sanguijuelas perfectamente visibles ; la modista y el joyero. Valentín empezó por pagar una cuenta de trescientos sesenta mil francos en casa de Verlet ; nada más que la cuenta del año, pero en la cual figuraba una manteleta de piel de zorro gris, de treinta mil francos y unas faldas de seda bordadas de encajes antiguos, á tres mil francos una. En la joyería no se trató de nada menos que un crédito ilimitado y en los seis primeros meses de ternura, la bonita

señora Bourdón, la amiga íntima de todas las marquesas, costó al conde de Coutras, próximamente, un millón ochocientos mil francos. La señora Mossler, avisada por Federico Clement, que veía desaparecer el dinero con rapidez vertiginosa, y por el señor Eliphas, que recogía con inquietud los rumores de la gente, no se mostró alarmada.

— Se divierte, el pobre muchacho, dijo. He visto á esa señora el año pasado en la venta de los *Saints-Anges*. Estaba encargada de un puesto con la señora de Jessac. Es muy guapa.... Vendía cuanto deseaba, á los hombres, y al precio que quería.

— Y continúa haciéndolo, dijo Eliphas.

— Si tuviera usted cuarenta años menos, sería menos severo, replicó la señora Mossler riendo. ¿No ha conocido usted, en sus tiempos, mujeres como la señora Bourdón?

— No, á fe mía.

— Acaso lo deplora usted.

— Ya no.

— ¡ Ah! Eliphas; estoy segura de que ha sido usted un pecador en su juventud. Ahora se muestra usted muy puritano, pero, ¿ qué mérito tiene eso si no puede obrar de otra manera?

— Ninguno, en efecto. El conde Valentín hace bien en no preocuparse, puesto que usted le absuelve. Es usted dueña de su fortuna y tiene el

derecho de hacer de ella el uso que crea conveniente.

— ¿ Cree usted que me arruinaré?

— ¡ Eso es imposible! dijo con orgullo Eliphas. Serían precisas tres generaciones de condes de Coutras para llegar á conseguirlo y eso á condición de que jugasen á la Bolsa... Entreteniendo señoras Bourdón sería difícil.

— Entonces, no escatimemos. Creo, Eliphas, que las personas muy ricas que hacen economías son criminales y dan, en cierto modo, la razón á los socialistas, que quieren que todos los capitales vuelvan la masa común. Un avaro, que tiene cien mil francos de renta y sólo gasta veinte mil, daña á la sociedad en los ochenta mil francos que amontona. Si repartiera lo que le sobra en beneficio del comercio y de las artes, contribuiría poderosamente al aumento de la riqueza pública; ayudaría á los plateros á cincelar suntuosas obras, á los joyeros á producir aderezos magníficos y haría que los pintores y los escultores decorasen su casa, con lo que el arte no se limitaría á producir cuadritos de caballete ó estatuas de sobremesa. Habría menos miseria, más satisfacción y nadie temería lanzarse á empresas arriesgadas, sabiendo que era fácil encontrar dinero. No critico el ahorro; sé que en él está la fuerza de un país. Pero la capitalización á toda costa me hace el efecto de un

freno que oprime la máquina social y contiene todo el esfuerzo de actividad de un país. Por eso quiero poner mis actos en consonancia con mis doctrinas y considero como un deber gastar todo el dinero que puedo.

— Pues lo logra usted á las mil maravillas y el conde de Coutras no le va en zaga. Pero aun con el género de existencia que han adoptado ustedes, no logran devorar sus rentas... El Transvaal produce, él solo, más de lo que aquí se gasta. La fortuna de usted es una bola de nieve.

La señora Mossler se puso triste; apoyó la barbilla en la mano y se quedó silenciosa. Después de un rato continuó:

— ¡Qué desgracia que Gedeón no vea esta realización de sus sueños! Allá, en África, me decía: « Querida mía, llegará momento en que tendremos tanto dinero, que los reyes serán menos ricos que nosotros... » ¡Y cuando pienso que aquel hombre no tuvo en su vida más que una pasión, la del trabajo, y que sus necesidades eran tan pocas que jamás ha tenido más que dos platos en su comida, teniendo el primer cocinero de París, un tunante que sacaba, según confesión propia, cuarenta mil francos al año y que se creía deshonrado porque Mossler parecía despreciar sus guisos!...

— Pero, usted misma, ¿no es igual á él?

¿Qué necesitaría usted para vivir muy tranquila y muy dichosa? Dos mil francos al mes y una casita de cinco habitaciones. Tiene usted el más rico guardajoyas y los más hermosos encajes de París, y jamás abandona su falda de seda negra ni lleva otra alhaja que el brochecillo que tiene al cuello.

— Es el regalo de boda de Gedeón; le he llevado toda mi vida y quiero morir con él... Cuando me le dió éramos unos infelices. Le compró en Estrasburgo en una de sus expediciones, y me le trajo triunfante... ¡Dios solo sabe el placer que me proporcionó! Mi padre no me había permitido nunca ni ponerme aros de oro en las orejas... Cuando tuve esta alhaja, me pasaba los días mirándomela en el espejo... ¡Oh! ¡Qué feliz y hermoso tiempo! Nuestros gustos no estaban estragados, porque no habíamos dormido sobre montones de oro...

— Ni habían ustedes dado su nombre á una ciudad...

— Y vea usted, Eliphas; no basta tener un presupuesto de beneficencia, dotar establecimientos caritativos y acudir á todo lo que es digno de interés y de piedad... Es preciso pensar en el porvenir de esta fortuna...

— ¡Ya! dijo el viejo Clement. ¡La dinastía!...

— Sí. Esa era la preocupación constante de Mossler. Continuamente decía: « ¿Á quién dejaremos lo que ganemos? » Bien sabe usted lo des-

graciado que era por no haber tenido hijos... No conocemos ningún pariente... Algunos primos lejanos, acaso; verdaderos extraños; campesinos como éramos nosotros... ¿Qué harían con semejante fortuna? Dejando á cada uno treinta mil francos de renta quedarán locos de alegría... Pero ¿y el resto?

— Pues bien; el conde de Coutras...

— Sí, Valentín; pero ¿y después?

— No tiene usted más que casarle.

La señora Mossler miró á Eliphas con gravedad.

— Pienso en ello desde hace algún tiempo... Pero ¿será bastante juicioso? No tiene más que veinticinco años y vea usted lo accesible que es á los placeres. ¿Quién lucha, además, con esa hermosa trapisondista á quien ama ahora, para reemplazarla, acaso, mañana con otra igualmente encantadora?

— Habrá que buscarle una joven bonita y amable, bien nacida y no rica, á la cual se abrirán las puertas de una gran existencia... Pero, ante todo, es preciso que á él le guste.

— El *faubourg Saint-Germain* rebosa de muchachas sin un céntimo y que se quedan para vestir imágenes. Todas esas nobles familias se han arruinado por querer sostener su tren... Preciso será que vuelva á abrir mi casa y que reciba á mis amigos, para que desfilen por aquí todas las seño-

ritas casaderas... Entonces escogeremos, Eliphas...

— Dios mío, señora; me ha costado bastante trabajo el casar bien á mi hijo, para sentirme inclinado á ocuparme de casar los hijos de los demás... Si usted me pide mi opinión, se la diré... pero nada más. Declino, de antemano, toda responsabilidad...

Á decir verdad, esas responsabilidades no parecían muy inmediatas, pues el conde de Coutras se encontraba muy poco dispuesto á casarse. Su tiempo se dividía entre el entresuelo de la Avenida de *Antin*, al que la señora Bourdón iba todos los días á las cinco de la tarde, y el *Petit-Club*, en el que jugaba por no aburrirse y por imitar á sus amigos. Sus relaciones habituales dejaban mucho que desear. Desde que volvió del regimiento entabló amistad con el joven barón de Croix-Mesnil, último hijo de una familia que ha dado á Francia generales y ministros, y esta relación tuvo por efecto inmediato el lanzarle en la peor sociedad. Hugo de Croix-Mesnil, *sportman* apasionado y jugador de profesión, pues el juego le proporcionaba los medios necesarios á la existencia cotidiana, era concurrente asiduo de los establecimientos mal afamados, de los *restaurants* nocturnos y de los garitos más sospechosos. Su amigo inseparable era Fernando Priour, hijo de un contratista de obras públicas que, para defenderse de

los recursos que se pudieran ejercer contra él á causa de sus embrollos en el negocio de los ferrocarriles del Centro, había fundado un periódico, *el Tirailleur*, en el que se gastó millón y medio de francos; ató al carro de su fortuna á todos los merodeadores de las letras que pululan por las calles de París é hizo temblar al Gobierno por la audacia de sus ataques.

Hugo de Croix-Mesnil, Fernando Prieur y Valentín de Coutras formaban una trinidad audaz y ruidosa que brillaba durante el día en las carreras de caballos, en los velodromos ó en casa de *Maxim's*, y después de la una de la madrugada en el *Petit-Club*, al que aportaban un elemento de animación que turbaba desagradablemente las costumbres de los antiguos socios. Para Hugo de Croix-Mesnil fué Valentín un salvador caído del cielo. Dependiente desechado en tres ó cuatro grandes casas, formidable organizador de *micos*, jugador al que era preciso observar las manos cuando tallaba en la banca, el joven barón estaba á punto de zozobrar cuando fué salvado por el conde de Coutras.

Zalamero y seductor por naturaleza, agradó á Valentín, el cual encontró lastimoso que un joven elegante, de buena familia y bien parecido, como Croix-Mesnil, llegase á ser presa de petardistas de baja estofa ó un instrumento, para los

filósofos en emboscada. Le restauró y Hugo se encontró floreciente y orgulloso como por encanto. El buscavidas humillado é inquieto, volvió á adquirir el aplomo del vividor cuyo bolsillo se encuentra bien provisto. Llegó hasta estar á punto de batirse con Fernando Prieur, el cual, en los negros momentos de la miseria, había mostrado hacia su amigo de los días brillantes una indiferencia verdaderamente nauseabunda, diciendo que su situación le estaba bien empleada y que eso le enseñaría á no tratarse con la canalla. Fué precisa la intervención del conde de Coutras para apaciguar la querrela y, una vez arregladas las cosas, los tres amigos se dedicaron en compañía á correr *nuergas*, que pronto degeneraron en orgías.

Los sentidos embotados de aquellos jóvenes exigían refinamientos de una depravación exasperada. La perversidad, un poco sádica que demostró Valentín en la prueba cruel á que sometió al pobre Blanpain, reapareció en extravagancias galantes que espantaron á la señora Bourdón, no enemiga sin embargo, de cierta amable excentricidad. Al llegar un día á la avenida de *Antin*, encontró á Coutras en compañía de dos muchachas conocidas por el significativo sobrenombre de « las inseparables » y la joven, muy aficionada á las más fantásticas escenas entre dos, pero nada entre cuatro, se escapó para no volver.